

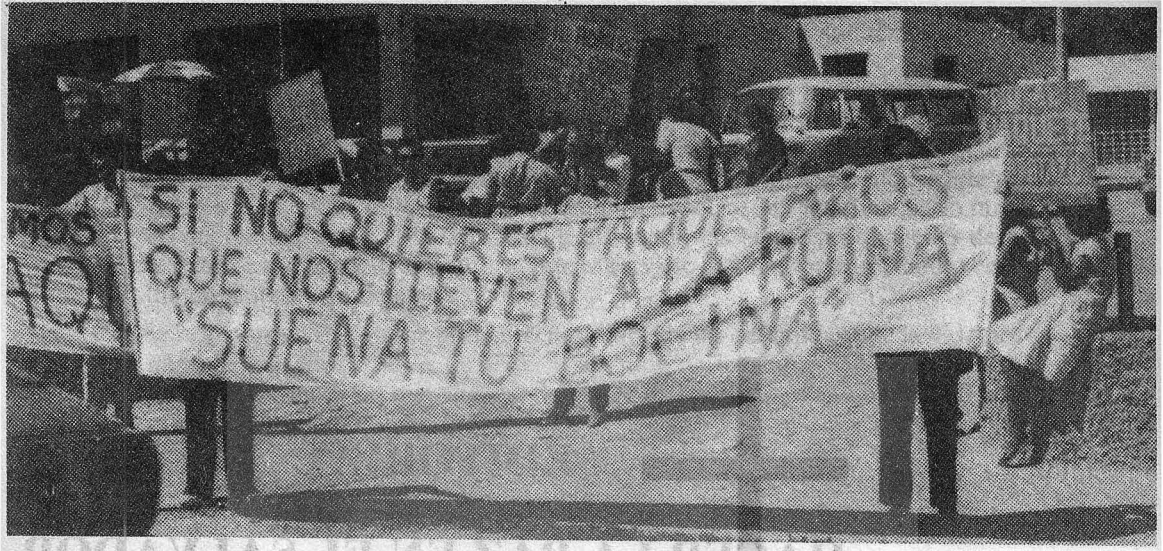
EDITORIAL

HACER LA PAZ EN EL SALVADOR

Pese a constantes esfuerzos por la paz hay cada vez más guerra en Centroamérica. Nicaragua se ve acosada por la rabia y la terquedad de la administración Reagan, quien busca mayor ayuda militar para seguir impulsando una guerra que causa miles de bajas e impide un proceso de pacificación. El Salvador, por su parte, se ve envuelto en una guerra de mayor alcance para la cual Estados Unidos ha enviado muchísima mayor ayuda militar que la enviada y la proyectada para Nicaragua, sin protesta de casi nadie, no obstante que es ella el principal sostén de una guerra de más de cinco años con costos altísimos en vidas humanas, en descoyuntamiento social, en retroceso económico, en más de un millón de desplazados y refugiados. Honduras, por su parte, hace dejación de su soberanía y se presta a servir de base militar tanto a maniobras conjuntas con Estados Unidos como a miles de contras que no podrían hacer la guerra, si los gobernantes hondureños no les prestaran su suelo, al margen de toda dignidad nacional. Sólo en Costa Rica y, últimamente, en Guatemala puede decirse que se han dado algunos pasos hacia la paz.

1. Esfuerzos en favor de la paz

Sin embargo, no han faltado esfuerzos, mucho antes de que las Naciones Unidas declararan 1986 como año internacional de la paz. Los países del grupo de Contadora (Colombia, México, Panamá y Venezuela) llevan más de tres años luchando por la paz de forma sistemática, prolongada y juiciosa. Nicaragua hizo hace tres años una propuesta oficial dentro del marco del proceso de Contadora con cuatro proyectos específicos. Pareció que se había llegado a un Acta de paz aceptable, el 7 de septiembre



de 1984, después de múltiples y multilaterales conversaciones con los países centroamericanos, pero el documento, aceptado por Nicaragua, fue rechazado por Honduras, El Salvador y Costa Rica tras presiones de Estados Unidos. Logran estos países una nueva redacción, rechazada ahora por Nicaragua, quien no se ve protegida contra los abusos de Estados Unidos. En 1985, se constituye el grupo de apoyo de Lima (Argentina, Brasil, Perú y Uruguay), que posteriormente relanza el proceso con el "Mensaje de Caraballeda para la paz, la seguridad y la democracia de América Central" (12-I-86), aceptado como documento fundamental en la "Declaración de Guatemala" (14-I-86) por todos los países centroamericanos. Guatemala propone una reunión de presidentes y la constitución del parlamento latinoamericano y El Salvador, a través del presidente Duarte en carta al presidente Ortega, un diálogo paralelo y simultáneo de los contras con Ortega y el FMLN-FDR con él mismo (11-III-86).

Por lo que toca al ámbito estrictamente salvadoreño está el discurso del presidente Duarte ante las Naciones Unidas (8-X-84) que da paso a la reunión de La Palma y posteriormente a la de Ayagualo (15-X y 30-XI de 1984), momento en que se estrangula el proceso por falta de 'espacio político' según el presidente Duarte. Por su parte el FMLN-FDR venía haciendo propuestas de diálogo y negociación al menos de una manera táctica desde abril de 1981. El 7 de octubre de 1981 el comandante Ortega lee en las Naciones Unidas una propuesta formal del FDR-FMLN. El 5 de octubre de 1982 los frentes reiteran la propuesta formal de diálogo, que es rechazada inmediatamente por el presidente provisional Alvaro Magaña el 28 de octubre. El 5 de junio de 1983 el FMLN-FDR vuelve a presentar su oferta de diálogo y negociación con los gobiernos de El Salvador y de Estados Unidos,

una vez que el gobierno salvadoreño había formado una Comisión de Paz de muy poca significación política. Y el 18 de mayo el Comité ejecutivo del FDR y la Dirección revolucionaria unificada del FMLN dirigen una carta al presidente electo, Duarte, con una nueva oferta de diálogo y negociación. Tras el fracaso de Ayagualo, ha proseguido el FMLN-FDR reiterando su ofrecimiento: el 7 de diciembre de 1984 vuelve a insistir en la necesidad de diálogo y del cumplimiento de los acuerdos logrados en Ayagualo; el 27 de mayo de 1985 se dirigen los frentes a la Asamblea Legislativa con el mismo propósito y el 6 de mayo a Monseñor Arturo Rivera y Damas con puntos concretos operativos para una tercera reunión en Perquín; el 22 de septiembre de 1985 escriben al Consejo ejecutivo del PCN que había organizado un foro nacional sobre alternativas para la paz; el 15 de noviembre hace pública el FMLN su posición ante el diálogo en 16 tesis explicativas. Todo ello ha ido acompañado de constantes propuestas a los mediadores de la Iglesia para conseguir reuniones entre ambas partes en conflicto, que siempre han sido rechazadas por el gobierno de El Salvador, con excepción de las negociaciones pedidas por el propio presidente Duarte con ocasión del secuestro de su hija, en las que se lograron resultados negociados. Todavía el 10-I-86 vuelven el FDR-FMLN a proponer una reunión privada con el gobierno para que echen a andar de nuevo el proceso.

La Iglesia se ha esforzado desde hace tiempo por buscar una solución negociada al conflicto. Monseñor Rivera desde 1980 se inclinó por formas no violentas de arreglar la crisis salvadoreña y en una declaración, hecha con ocasión de su visita a Washington en 1981, reafirmó su juicio y su voluntad de propiciar el diálogo como la única forma racional de resolver el conflicto. El 15 de julio de 1982 es ya toda la Conferencia episcopal de El Salvador, la que propone la necesidad de abrir un diálogo sincero, recogida inmediatamente por el FDR (20-VII-82). En 1983 la presencia de Juan Pablo II impulsa de nuevo el diálogo, aunque con la advertencia de lo difícil que se torna cuando no se lo emprende con toda sinceridad. Pero es Monseñor Rivera quien sigue insistiendo en sus homilías sobre la urgencia de la paz y la necesidad del diálogo. La Conferencia episcopal de El Salvador retoma el tema en una Carta pastoral colectiva dedicada especialmente al diálogo con claras referencias a la realidad concreta del país (6-VIII-85), a la cual responde el FMLN-FDR con un análisis crítico (17-VIII-85), donde señala cómo después de Ayagualo le ha ofrecido cuatro propuestas al presidente Duarte para reiniciar el diálogo.

También otras fuerzas sociales han urgido la necesidad del diálogo entre las partes en conflicto. Ya hace tiempo que lo hizo la UPD y hoy siguen haciéndolo la UNTS y la UNOC. Los partidos políticos con excepción de los extremistas de derecha se van abriendo cada vez más a la idea del diálogo y sólo los grupos

más reaccionarios lo han atacado violentamente, incluso con amenazas de muerte y con bombas contra los promotores de la paz negociada. La Universidad de El Salvador también se ha pronunciado repetidamente en favor del diálogo y de la negociación. Por su parte el Consejo Superior Universitario de la UCA se pronunciaba el 2 de febrero de 1980 contra la guerra civil como única e inmediata alternativa a la crisis desatada tras el fracaso del 15 de octubre de 1979. En marzo de 1981 nuestra revista proponía editorialmente "un proceso de mediación para El Salvador." Desde entonces hemos mantenido sistemáticamente esta posición contra todo tipo de amenazas y de presiones. En noviembre de 1982 reiterábamos editorialmente la necesidad del diálogo como principio de solución.

Las Naciones Unidas cada año, al reflexionar sobre los derechos humanos en El Salvador, instan a ambas partes en conflicto a reanudar el diálogo. Ya antes lo propusieron Francia y México en una memorable propuesta (agosto de 1981). La Comunidad económica europea insiste en que es el diálogo la vía de solución para los problemas de Centroamérica. Apenas hay reunión democrática de países o de partidos que no señalen la necesidad de la paz en Centroamérica y que desechen el camino de las armas como el medio de solucionar la guerra y el conflicto social. ¿Por qué entonces cada vez hay más guerra y menos paz, sobre todo en los casos de El Salvador y de Nicaragua?

2. El fracaso de los esfuerzos por la paz

Siendo tanto los que con tanto esfuerzo lucha por traer la paz a Centroamérica y a El Salvador, es de preguntarse por qué no llega la paz y por qué se acrecienta la guerra, por qué tantos pueden tan poco.

Dos razones fundamentales deben señalarse como explicación de este fenómeno singular: la dificultad del problema y los intereses extraños y foráneos en la solución del mismo.

La dificultad del problema salta a la vista. Una prolongada situación de injusticia estructural con raíces internas pero también con profundas causas externas ha llevado a una situación de miseria y extrema pobreza de la mayor parte de la población, lo cual ha provocado un complejo antagonismo social, en el que se entrecruzan la necesidad objetiva de las mayorías víctimas de la pobreza, la protesta revolucionaria de quienes violentamente buscan el cambio de la situación, la feroz resistencia de quienes ven amenazados sus privilegios y el temor de quienes sin padecer todo el peso de la operación y de la represión se ven sacudidos por la violencia de la situación. El marco estructural injusto, que responde a modos y modelos de producción obsoletos y que ha originado relaciones sociales de enorme tensión, en las que se ven envueltos los distintos agentes, hace que sea difícil en sí mismo el logro de otro marco estructural, dadas las condiciones rea-

les del actual y dadas también las disposiciones de quienes tienen un papel mayor en la marcha del proceso. Es muy complejo terminar con las raíces de la situación y es más complejo todavía arbitrar soluciones nuevas. Hay ya cosas positivas, aunque sometidas a las fuerzas y estructuras negativas predominantes, pero el reordenamiento de lo positivo no es fácil. Dicho de otro modo, desde lo ya establecido se hace prácticamente imposible instaurar un orden nuevo suficientemente aceptable; aunque el período del presidente Magaña (1982-1984) supone un decisivo avance sobre el período sangriento y criminal anterior (1979-1982) y el período del presidente Duarte (1984-1986) supone la continuación de ese avance, claramente se aprecian los límites del mismo. La mejor comprobación es no sólo el no haber logrado la paz sino el haberla hecho más difícil tanto militar como políticamente.

Pero no es sólo la dificultad del problema sino también la presencia de intereses contrarios a la paz, al menos a una paz con sacrificio. Aquí el principal obstáculo para la paz es Estados Unidos y, en concreto, la torpe política de la administración Reagan en el área. Los deseos de paz y democracia por parte de Estados Unidos, pudiendo ser sinceros, están sometidos a condiciones bien precisas; se harán realidad sólo si no ponen en peligro los intereses y la seguridad de Estados Unidos, pero entendidos ambos de un modo absolutamente exagerado; un anticomunismo macartista ciega a la Casa Blanca y le lleva a posiciones que hoy sufrimos trágica y amargamente y que mañana condenará la historia como ha condenado la esclavitud de los



negros, el intervencionismo sin tapujos, el apoyo a las dictaduras, la ceguera pasada ante soluciones reformistas y tantos otros pecados de lesa civismo y de lesa humanidad. El siguiente obstáculo principal es el atrasado capitalismo salvadoreño, responsable, en primer lugar, de la falta de desarrollo económico del país; responsable, en segundo lugar, de las sucesivas olas de represión que se han dado desde 1976 —primer proyecto de transformación agraria— con costo de más de sesenta mil muertos; corresponsable, finalmente, de obstaculizar todo paso social y político que ponga trabas a corto plazo a sus privilegios, aunque favorezca a plazo largo sus intereses. El tercer obstáculo principal es la Fuerza Armada, que hasta 1982 estuvo casi plenamente al servicio del capital salvadoreño y que ahora mira con los cristales puestos por la embajada norteamericana en favor de los intereses de la propia institución dentro del marco ideológico de un anticomunismo, que es el propuesto por la administración Reagan.

De otra manera, pero obstáculo también, es el FMLN, quien en un primer momento pensó que era la guerra sin concesiones lo que cambiaría la situación de El Salvador y le llevaría al poder y quien, actualmente, a pesar de sus constantes ofertas de paz que han pasado por el triple estadio de maniobra, táctica y estrategia, por un lado dificulta las negociaciones con su tipo de accionar bélico y aun con algunas eventuales medidas terroristas y por otro dificulta la paz mediata con exigencias de procedimiento y con máximos idealistas. Esto no obsta a que deba verse al FMLN como potenciador de la paz, pues no se daría en el país la tensión en favor de la justicia que hoy se da sin el sacrificio generoso de las masas organizadas y tampoco sin la presión militar de la guerrilla salvadoreña. Sin embargo, sus últimas propuestas de paz superan razonablemente algunos de los problemas que presentaban las primeras.

Aunque cada uno de estos agentes ha cambiado sus posiciones, especialmente la Fuerza Armada y el FMLN y en alguna medida las fuerzas capitalistas, todavía es poco lo logrado y no se ve cuándo será suficiente. Siguen siendo los cuatro agentes sociales y políticos antes citados, los que más tienen en sus manos la paz de El Salvador. Pero mucho pueden hacer otros, dentro y fuera del país por medio de la convicción y en definitiva de una presión apoyada más en la verdad de su causa que en el poder y la fuerza de sus medios materiales. Los países latinoamericanos y europeos poco pueden hacer ante el peso de Estados Unidos en el área centroamericana, pero pueden presionar sobre la administración Reagan y también sobre los agentes internos, sin olvidar su autoridad moral ante Cuba, Nicaragua y la propia Unión Soviética. Las fuerzas sociales en el interior pueden presionar sobre el gobierno y el FMLN, pero también, aunque indirectamente, sobre el capital y la Fuerza Armada. Para ello se necesita

claridad sobre las posiciones que se han de tomar frente al problema de la guerra y de la paz.

3. Caracterización de las posiciones ante la paz

Hay, ante todo, dos posiciones antitéticas: la de los pacifistas y la de los militaristas. Los pacifistas buscan cualquier paz y la buscan por medios tan inefectivos que la paz se les escapa o proponen como paz un espejismo que la confunde con la ausencia de la guerra, sin tener en cuenta que la paz sería por lo menos la ausencia de toda violencia, no excluida la violencia estructural e institucional. Estos pacifistas están contra la violencia armada, aunque más contra la de los revolucionarios que contra la de los gubernamentales. Dejan la justicia un poco de lado, pues vendrá como fruto de la paz. Están a favor del diálogo y de la negociación. Ven con buenos ojos la acción del grupo de Contadora y con malos ojos el militarismo de los norteamericanos. Querrían la paz inmediatamente y por este inmediatismo serían tolerantes con que la paz fuera poco consistente, si esto supusiera al menos el final de la violencia militar y represiva. Su método de trabajo es fundamental el testimonio, la apelación y la oración si se trata de grupos religiosos.

En el extremo opuesto está la actitud de los militaristas. Estos confían sobre todo en la violencia, especialmente en la de las armas, pero están dispuestos a toda forma de violencia, no excluida la terrorista, la de la guerra sucia y la de los escuadrones de la muerte. Sólo el aplastamiento del enemigo traerá la paz que ellos desean. La justicia puede esperar y mejor que no llegue nunca, si es que por justicia se entiende dar a cada uno lo que le es debido desde la perspectiva del bien común. Es para ellos mejor que cada uno siga su propia lucha por la vida porque así subsistirán, si no los mejores, sí los más fuertes y astutos o los que tuvieran mejor suerte. No desean el diálogo, sino que tratan de impedirlo, porque el diálogo pide concesiones y renunciaciones, pide mirar por todos más que por uno mismo. Tienen en Estados Unidos y en la Fuerza Armada su confianza mayor, porque saben que las masas alertadas serán siempre su límite máximo, mientras no alcancen unos niveles de vida que satisfagan las necesidades básicas. Contadora les sabe a engaño y la combaten como si fuera el caballo de Troya del comunismo internacional. Son fieramente anticomunistas y confunden con el comunismo a cualquier posición progresista, por mucho que sea sostenida por demócratas nacionales e internacionales de todo respeto. No les importa cuánto tiempo dure la guerra y la destrucción; una vez puestos a ello hay que tomarse todo el tiempo necesario para que el enemigo desaparezca definitivamente y no se vuelva a repetir el caso de 1932 tras otros cuarenta años. Su método principal es la guerra, pero llevan la lucha a todos los terrenos, no excluidos los del chantaje, la calumnia, la tortura, el engaño...



Frente a estas dos posiciones antitéticas se da un intento inadecuado de superación que es la de los pragmatistas. Su principio fundamental es la de llegar a un arreglo rápido de la guerra misma y de las apariencias de los males que llevaron a la guerra. Es más importante terminar con la violencia sangrienta de las armas que con la violencia enervante de la injusticia, aunque deba cuidarse también la superación de ésta. Si la violencia de las armas es útil para terminar con la guerra, no debe haber problemas en utilizarla. Pero es mejor el diálogo y la negociación, una negociación que no entre a fondo en las cuestiones, porque el entrar a fondo podría alargar demasiado el arreglo; una cierta dosis de engaño es útil para asegurar algunos puestos desde los que más tarde se podrán seguir avanzando posiciones. Hay que ganar el apoyo de Estados Unidos a como dé lugar, porque Estados Unidos es la pieza clave de cualquier poder y de cualquier solución. Respecto de Contadora la posición de los pragmatistas es la de una condescendiente tolerancia, poco confiados en que el grupo pueda conseguir algo, al margen de los intereses norteamericanos. La cuestión del tiempo se convierte en fundamental, porque la guerra debe terminar cuanto antes ya que al menos de aquí en adelante traerá mayores males que bienes. Procurarán en consecuencia todo tipo de alianzas o de arreglos sin preocuparse mucho de su solidez pues en el próximo futuro se podrá actuar tan pragmáticamente como en el presente.

La superación de los pragmatistas no es una verdadera superación porque no asume los datos positivos de las otras dos

posiciones y porque no enfrenta seriamente las causas del conflicto. Debe buscarse en otra línea de superación verdadera y esta línea es la de los realistas, dando el término toda su honda significación filosófica. Los realistas pretenden dar respuesta a la realidad, pero no confunden la realidad con sus apariencias y sus inmediateismos. Pretenden ser regidos por la realidad, duramente vivida y largamente escrutada, a la hora de proponer las soluciones. Los realistas aceptan la dificultad del problema y la complejidad de los intereses que lo dificultan, pero parten del supuesto de que, sólo ateniéndose a la realidad, a la realidad de la situación y a la realidad de los agentes sociales e internacionales, se podrá alcanzar una verdadera solución. Y esto no de golpe sino en un largo proceso, al que debe asegurársele un buen inicio y una controlada continuación.

La posición realista mantiene que el principio fundamental de los males de El Salvador está en la injusticia estructural que se muestra como violencia institucionalizada. Esta es la violencia primaria contra la que hay que estar y que ha de erradicarse, so pena de no arreglar nada a fondo. Pero esta posición realista va persuadiéndose cada vez más de que la violencia armada, sea la violencia de la Fuerza Armada y del aparato gubernamental, sea la violencia del FMLN, no puede terminar con la otra violencia ni siquiera puede terminar con el conflicto armado. No por ello propone que depongan las armas las partes en conflicto. Tal proposición carece de realismo, no sólo por ir contra la voluntad de los contendientes, sino porque la razón de las armas puede traer una cierta razonabilidad a la hora de negociar. Lo que sí puede pedirse es una tregua prolongada y una moratoria drástica en el armamentismo. Juan Pablo II acaba de pedir un cese en el armamentismo, un cese en el terrorismo y un cese en la violación de los derechos humanos; si a ello añadimos un cese de las acciones bélicas propiamente tales, estaríamos mucho más cerca de poder encontrar la paz. Sólo así se podrá trabajar seriamente en favor de la justicia que para la posición realista es la clave fundamental de la guerra y de la paz, de la guerra porque su causa es la injusticia y de la paz porque sería su causa la justicia.

La posición realista impulsa, en consecuencia, un diálogo serio y múltiple que pretende superar no sólo la guerra misma sino las causas de la misma. La seriedad del diálogo lleva consigo que, aunque sea paulatina y progresivamente, se negocien en él los puntos básicos de un proyecto nacional mínimamente compartido. La multiplicidad del diálogo exige que tomen parte en él, por un lado, las dos partes principales en conflicto, pero, por otro, las distintas fuerzas sociales del país que debieran dialogar entre sí. También debe extenderse el diálogo a las demás naciones centroamericanas y a Estados Unidos, que realistamente ha de tenerse en cuenta no sólo por su capacidad de agresión sino también por su capacidad de colaboración, si abandona sus esquemas militaristas y/o pragmatistas y hace un profundo ejer-

cicio de verdadero realismo político. El marco de Contadora, respaldado por la Comunidad Económica Europea y desde luego por el Grupo de apoyo, puede ser la matriz adecuada donde el diálogo y la negociación puedan ir desarrollándose orgánica y sólidamente.

La posición realista no ignora la urgencia del tiempo, no desconoce hasta qué punto la realidad y el deseo de los salvadoreños están necesitando la paz. El tiempo apremia objetiva y subjetivamente. Pero ello no debe llevar a precipitaciones. Entre la precipitación y la tardanza la posición realista, sabedora de que no hay hoy en El Salvador ningún problema más grave que el de la guerra y la falta de paz, se esfuerza en dedicar la mayor parte de las energías políticas al trabajo por la paz. Desgraciadamente hoy se dedican pocas energías nacionales en favor de la paz. Hace menos de lo que es debido por ella la Iglesia católica, llamada por tantos motivos a ser una fuerza irresistible en favor de la paz; asimismo hacen menos de lo que es debido, los sectores educativos, los sectores profesionales y también los sectores sindicales, ya no digamos los sectores políticos partidistas, ninguno de los cuales hace de la paz y de los medios para la paz un punto principal de su actividad diaria.

Esta posición realista que asume lo mejor de la posición pacifista, que no desecha sin más algunos aspectos de la posición militarista y que incluso no descuida las pretensiones de los pragmatistas, es la llamada a fortalecerse, si es que se quiere luchar realistamente por la paz. Son muchos quienes pueden hacerlo desde esta posición. Muchos más de los que hoy lo están haciendo. Es una actitud que ha de fomentarse no sólo entre quienes no participan activamente en el conflicto y deberían sentirse llamados patriótica y humanitariamente a superarlo, sino también entre quienes participan en él. No hay por qué dejar de fomentar esta posición entre los militares, entre los dirigentes del FMLN, entre los sectores gubernamentales y, por qué no, entre los congresistas norteamericanos. Suele decirse que la verdad hace libres a los hombres; puede añadirse que la realidad, el apego a la realidad a la hora de interpretar y de realizar, salvará, esto es, encontrará la solución a los problemas inmediatos y mediatos que agobian hoy a El Salvador y a los demás países centroamericanos, especialmente a Nicaragua.

4. Actitudes propias de la posición realista

Esta posición realista se verá fortalecida si pone en juego permanente y vigilantemente tres actitudes complementarias entre sí.

Ante todo, una actitud de clarividencia o, en términos más clásicos, de prudencia. La prudencia tiene mala prensa por cuanto se ha convertido en refugio de quienes no quieren ser audaces, en refugio de quienes no quieren actuar y de quienes

prefieren lo malo conocido y asimilado que lo bueno por conocer y experimentar. Pero esto es todo lo contrario de la prudencia. El prudente, etimológicamente, es el que ve lejos, es el providente, el que tiene su mirada puesta adelante, más allá del inmediato presente. Ciertamente no se puede mirar a lo lejos con responsabilidad sin tener muy claro el presente desde el que se mira. Pero esa mirada larga y objetiva es elemento indispensable para ser realista. Dejados atrás intereses egoistas y/o minoritarios, un ejercicio permanente de determinar los fines más razonables y los medios más eficaces, es una condición indispensable de cualquier posición realista. El principio de realidad, entendido no como aceptación resignada de lo que se suele dar, sino como búsqueda en lo que hay de lo que debe haber, es pieza básica a la hora de adquirir el hábito y la virtud de la prudencia en las cuestiones políticas. El pragmatista no tiene por qué ser prudente, el realista no puede dejar de serlo. Cuando se hace menos de lo que se debe o más de lo que se debe ya no se es prudente, pero tampoco realista; cuando no se atiende a todos los datos de la realidad y se descuida o lo que es o lo que debe ser, tampoco se es prudente ni realista. Es difícil, sin embargo, que quienes busquen ante todo el poder, estén dispuestos a usar prudencia, cuyo horizonte y consecuentemente luz última es el bien general, el interés común.

Esta posición realista necesita asimismo de otra actitud. Esta actitud podría nombrarse como misericordia, si es que entendemos otra vez el término etimológicamente. La misericordia en nuestro caso supondría tener el corazón puesto en aquellos que



más sufren. No sólo el corazón sino también la cabeza. Pero ante todo el corazón. Tanto por razones de humanidad como por razones de cristianismo el lugar preferencial del corazón social lo constituyen las mayorías oprimidas, las mayorías sufridas. No se trata sin más de una filantropía general o de una caridad universal. Se trata de algo más preciso. No se puede ser realista hoy en El Salvador, no se está en buena disposición para encontrar intelectualmente las soluciones y para enfrentar activamente las dificultades, si el corazón de quienes buscan soluciones no está puesto prioritariamente en aquellos que más sufren por la prolongación y el agravamiento de una situación de miseria. A la hora de encontrar soluciones y a la hora de estar dispuestos a ponerlas en práctica es indispensable si se quiere ser de verdad realista, una actitud de misericordia, que particulariza una fuerte dosis de benignidad en favor de los más castigados por la vida de hoy y por la historia de siempre. Quien piense que este reclamo es meramente moralizante y poco político, se equivoca. Sin esta misericordia, así entendida, se podrá ser pragmatista, pero no realista. Los condicionamientos de los lugares en que uno se sitúa para encontrar respuestas a los problemas teóricos y prácticos son de gran importancia tanto para favorecer como para dificultar ese encuentro. En El Salvador un lugar que no sea el de las mayorías populares sufrientes, es un lugar irreal para el encuentro de soluciones justas y ajustadas. Pero respecto de esas mayorías ha de tenerse ante todo actitud de misericordia, de vuelta cordial a lo que realmente son en su dignidad, en sus esperanzas y también en la injusticia que padecen.

De ahí que la posición realista exija también otra actitud, una actitud de repudio contra toda forma de injusticia y una actitud de entrega a todo lo referente al establecimiento de una justicia siempre mayor. La misericordia debe completarse con verdadera hambre y sed de justicia, entendida ésta aquí como rechazo de una situación intolerable y como promoción de un orden que responda siquiera mínimamente a las necesidades y expectativas de quienes siempre han sido privados de lo que les es debido. Esta actitud en pro de la justicia exige mucha fortaleza, mucha actividad, mucha capacidad de sacrificio, lo cual de ninguna manera está en contradicción con la actitud misericorde, pues ésta pone ante los ojos las necesidades y los sufrimientos de los más pobres, cuyo aplastamiento por los poderosos suscita fuertes sentimientos y acciones en favor de ellos y, por consecuencia, en contra de los causantes y responsables de tanto mal y tanta injusticia. Ni los pacíficos son pacifistas, ni los misericordiosos son pasivos aguantadores del mal. La misericordia subraya que el principio de la lucha contra la injusticia no es el odio frente al agresor sino la compasión con la víctima, una víctima que ella misma se levanta en busca de su propia liberación.

Para hacer la paz en El Salvador hay sin duda que establecer estrategias, tácticas y eventualmente maniobras largas y complejas. No se puede esperar que la paz amanezca mañana. A la noche le quedan todavía muchas horas. Pero si se dejan a un lado los intereses parciales y se los subordina a los intereses generales, si se van abandonando poco a poco las posiciones falsas del pacifismo, del militarismo y del pragmatismo; si se consigue que cada vez más gente, no sólo de las hoy no involucradas directamente en el conflicto, sino también de las que son sus agentes principales, se empape más de la posición realista y se sitúe firmemente en ella; si las actitudes de prudencia, misericordia y justicia se enseñorean de más y más personas, de más y más grupos, sin duda avanzará la paz, se acercará la paz a nosotros y nosotros a la paz. En este mismo número de la revista se estudian algunos aspectos que deben ser hechos realidad, si se quiere terminar con el conflicto y aproximarse a un período de verdadera paz. Pero además de esos y de otros aspectos por realizar, es menester plantear un marco general, que pueda ir generando el ambiente y la presión para encontrar y acometer audazmente la marcha por los caminos de la paz. No hay por el momento tarea más noble, más urgente y más transcendental en El Salvador: el encuentro de la paz verdadera.

